
DE LA ESCENA
CONTEMPORÁNEA

**Jorge Velasco Mackenzie:
Tatuaje de náufragos es la única novela
en la que me he divertido escribiendo¹**

RAÚL VALLEJO CORRAL

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

RESUMEN

El autor entrevista al narrador guayaquileño Jorge Velasco Mackenzie, quien responde sobre su oficio de escritor. Velasco sostiene que sufre con sus personajes y agoniza cuando estos mueren. Mira a *Tatuaje de náufragos* como un homenaje a un bar generacional, a una época y una forma de ser artista que ya no existen más; sería la autopsia de una generación y de la ciudad. Velasco sostiene que el poeta Fernando Nieto no solo fue un animador de la bohemia del Montreal, el fundador de Sicoseo, sino un hombre que sabía mucho, y un hombre generoso en lo personal; admira la posición de Nieto frente al mundo, frente a la literatura. En los escritos de Velasco siempre está Guayaquil, porque es el lugar donde nació y es el único donde puede vivir. Podría decirse que escribir sobre Guayaquil es su proyecto estético. Considera al Montreal como un lugar vivo, abierto, con sus personajes y su rocola antigua; lo evocó así toda su vida y a lo largo del libro intentó devolverle ese esplendor.

PALABRAS CLAVE: Novela ecuatoriana, Jorge Velasco Mackenzie, Guayaquil, Bar Montreal, Grupo Sicoseo, Fernando Nieto Cadena, oficio de escritor.

-
1. Este diálogo entre el novelista Jorge Velasco Mackenzie y el escritor Raúl Vallejo Corral, se dio en el contexto de la presentación de la novela *Tatuaje de náufragos* (Quito, Ministerio de Cultura, 2009), realizada en la Expolibro de Guayaquil el 16 de julio de 2009. (N. del E.)

SUMMARY

The author interviews Guayaquilean writer Jorge Velasco Mackenzie on the writer's trade. Velasco claims he bears the suffering of his characters and endures their agony when they die. He sees *Tatuaje de naufragos* as a tribute to a bar belonging to a generation, a time and a certain way of being an artist that no longer exist. It would be the autopsy of the city and of a generation. Velasco explains that poet Fernando Nieto, founder of Sicoseo, not only encouraged bohemian life at the Montreal Bar but was a wise and generous man, whose view of the world and literature he respects. Guayaquil is always found in the work of Velasco because it's the city where he was born and the only place he could ever live in. It could be said that his aesthetic purpose is to write about Guayaquil. During his life, he has always thought of the Montreal as an open place, alive, with its regular characters next to its old-fashioned jukebox. His novel is an attempt to portray its old glory once again.

KEY WORDS: Ecuadorian novel, Jorge Velasco Mackenzie, Guayaquil, Montreal Bar, Sicoseo Group, Fernando Nieto Cadena, writer's trade.

Raúl Vallejo Corral, RVC: Buenas noches a todas y a todos. Estamos aquí para presentar la novela *Tatuaje de naufragos*, de Jorge Velasco Mackenzie. Lo que haremos con Jorge es un diálogo acerca de la literatura, acerca de su obra literaria y particularmente de la novela que presentamos. Como peloteo de calentamiento, te pregunto algunas cosas básicas: ¿En qué ambiente escribes? ¿Tienes algún rito en particular para la escritura? ¿Has desarrollado alguna rutina especial para este tema?

Jorge Velasco Mackenzie, JVM: Bueno, yo he desarrollado muchas manías, todo el tiempo estoy desarrollando manías. Para empezar escribo en cualquier lugar, escribo en el bus, haciendo cola para pagar la luz, viajando a la Universidad de Babahoyo donde trabajo; de noche, de día, vestido, desvestido, a veces me escapo de los lugares sociales para escribir una frase que me parece importante. He escrito en aviones, he escrito en barcos, he escrito en salones, muchos salones, he escrito en la calle; o sea, no tengo un rito, porque no necesito del silencio absoluto para escribir. Lo que sí necesito es tener una historia que contar, cuando carezco de esa historia no puedo organizar absolutamente nada. Creo que la mayoría de los escritores han escrito de esa manera, Hemingway y García Márquez decían que el mejor lugar para escribir era un burdel, porque decían que de noche había la agitación suficiente para nutrirse y de día la calma suficiente para poder escribir. Yo no he escrito en burdeles, pero he escrito en cualquier parte, no necesito un lugar específico.

RVC: Y si bien no necesitas de ese lugar específico, cuando tú escribiste *Tatuaje de naufragos*, esta novela que es también un homenaje a un sitio como el Montreal, un bar generacional, ¿desarrollaste alguna otra rutina en particular?

JVM: Con la misma rutina. Lo más curioso es que ninguna página de este libro fue escrita en el Montreal porque la novela nació cuando me pidieron una semblanza de dos páginas sobre el Montreal que ya para entonces había cerrado. Entonces yo comencé a escribirla un poco en el Parque Centenario y hay una imagen donde las puertas del Montreal, que eran grises, aparecen cerradas; “grises como mármol de tumba”, dice el narrador. Pero nunca la escribí en el Montreal; me hubiera encantado... o quizás no hubiera escrito nada. A lo mejor no se me hubiera ocurrido la idea de escribir esta novela si el Montreal no se hubiera cerrado.

RVC: Algo que se observa en tus libros es que los títulos son como la representación de una elaboración muy meticulosa: *De vuelta al paraíso*, *Como gato en tempestad*, *En nombre de un amor imaginario*, *Tambores para una canción perdida*; ¿Cómo nació el título en esta ocasión?

JVM: Bueno, tengo que remitirme un poco a la historia de la novela. El Montreal se llamaba así porque era el nombre de un barco en el cual el dueño, Floresmilto Arcos, había navegado durante mucho tiempo, y cuando se jubiló le puso a su bar el nombre del barco: Montreal. Entonces los que conocimos la historia, cuando el Montreal cerró, nos considerábamos como naufragos. Y como hay por ahí unas historias policíacas, hay unos crímenes, entonces la idea del *tatuaje* está asociada al mal, es un poco el símbolo del mal, y también el símbolo de la ausencia en este caso. Entonces decidí ponerle ese título. Inicialmente la novela se iba a llamar *Ciudad tatuada*, pero cuando se la propuse a un editor, que nunca me la devolvió, más bien yo la retiré, me dijo que habían muchas ciudades: *Ciudad de invierno* [de Abdón Ubidia], *Ciudad lejana* [de Javier Váscquez]. La novela primero la tuvo Alfaguara y yo quise participar en el concurso del Ministerio de Cultura; la retiré y la envié al certamen; pero la novela les encantó, ya estaba para ser publicada, sino que yo hecho el afrentoso se las quité y la envié al certamen y gané un premio... pero creo que hubiera ganado más si hubiera publicado con Alfaguara.

RVC: En tu texto “El fantasma y el cuento imposible”, el narrador que escribe la historia ha decidido usar como pseudónimo el nombre de Lima Paladines, que según el cuento es el nombre del sastre de tu barrio;

el narrador al final de este cuento se suicida y alcanza a escribir, moribundo, agónico, dicho nombre. En *Tatuaje de náufragos*, el nombre del protagonista es Zacarías Lima Paladines. ¿Consideras tu trabajo de escritura como una agonía del espíritu que te deslumbra una frase, un nombre, al punto de, como lo has hecho, retomarlo en un texto nuevo, construyendo así una especie de *mundo de textos comunicantes*?

JVM: Así se llamaba, en efecto, el sastre de la esquina de mi casa, él sí se llamaba Zacarías Lima Paladines, y siempre me gustó ese nombre porque sonaba muy bien, y además me recordaba a José Lezama Lima, un escritor que yo admiro mucho. Así que no es la primera vez que he usado ese nombre, ahora lo he utilizado nuevamente en lo que estoy haciendo, a mí me ha gustado Lima Paladines, así que le puse ese nombre a este médico que mucha gente que ha leído la novela dice que es un alter-ego mío. Sí y no. Tiene de mí mucho, pero también tiene de mucha gente que he conocido; tiene, sin ir más lejos, del sastre de la esquina de mi casa. Creo que la literatura es un poco eso, toma personajes –y tú que eres escritor lo sabes bien–, los va repitiendo, los va trasladando. Hay un escritor que dijo, y creo que fue García Márquez, “en la vida los escritores escribimos un solo texto” y toda esa obra que hacemos es realmente un solo texto.

RVC: Te preguntaba si considerabas al trabajo de la escritura como una agonía del espíritu, en la medida en que en el cuento “El fantasma y el cuento imposible” el narrador muere en este intento de escribir el cuento de mil palabras. Dicho sea de paso, con este cuento ganaste el concurso de la revista *Vistazo*, “El cuento de las mil palabras”.

JVM: Yo sufro mucho, todo el tiempo cuando escribo, con mis personajes, siempre estoy agonizando cuando el personaje se me muere, muchas veces yo no lo acabo, no lo mato, yo no lo llevo a la muerte, simplemente se muere porque esa es la circunstancia en la que ha nacido, que tiene que morir. Creo que es una pregunta importante sobre este libro, este tatuaje. Es la única novela, de las seis que ya van publicadas, en la que me he divertido escribiendo, me gustó mucho. Mis otras novelas, en cambio, me hicieron sufrir mucho me hizo sufrir *El Rincón de los Justos*; la novela: que transcurre en la Amazonía, que es *En nombre de un amor imaginario*, los últimos capítulos hasta lloré, porque los personajes tenían que ausentarse, o se morían, entonces con esa novela sufrí mucho, con esta no.

RVC: Zacarías Lima Paladines es un lector cultivado –él repite: *solo lo difícil es estimulante*, una frase que es de José Lezama Lima, según cita el propio Zacarías, aquel escritor cubano paradisiaco y gordísimo, engendro de colibrí en rinoceronte–. Tú también sueles repetir esa frase –*solo lo difícil es estimulante*–. ¿Cómo la entiendes y cómo la aplicas a tu propia literatura?

JVM: A mí me gustan las cosas difíciles; siempre me han gustado las cosas difíciles: cuando jugaba béisbol, lo hacía en tercera base, donde la pelota va como fuego; no fui tan bueno, pero por lo menos yo escogí jugar ahí. Alguna vez quise conquistar a una monja, entonces eso fue tomado como un reto. Las cosas fáciles me aburren, no me motivan; entonces me meto en retos difíciles, y la frase que Lezama Lima decía –*solo lo difícil es estimulante*– y su literatura misma es difícil. Las cosas fáciles son eso, fáciles, y no son muy buenas, creo.

RVC: A veces pienso que eres una especie de poeta vergonzante. Tu poesía es poco conocida en el mundo literario, se alimenta de un tono narrativo, que escudriña mucho lo íntimo de la voz poética. En la revista *Uso de la Palabra* No. 5, publicada alrededor de 1986, apareció “Confesiones del Ebrio Inmortal”, con la siguiente dedicatoria: “A mi tío Homero Mackenzie que orinó dos litros de cerveza negra mientras agonizaba”, reproduces el poema en la novela atribuyéndolo a un autor anónimo y haces que lo lea Cristóbal Garcés Larrea, empeñado en la búsqueda del mejor poema sobre borrachos que se ha escrito en esta tierra, hasta que se topa con este poema. Te gusta el juego intertextual, ¿cómo lo desarrollas en tu trabajo literario?, ¿por qué te decidiste a re-producir este poema?

JVM: Bueno, el teniente Walter me dijo que el poema era bueno; cuando apareció, mi madre aún estaba viva y se enojó mucho; apareció en la revista *Semana* de diario *Expreso* primero, con un dibujo de un borracho caído en un bar, y con la dedicatoria. El hecho descrito en ella fue verdadero. A mí me dijeron que querían verlo publicado y creo que funciona haberlo puesto en la novela y mucha gente lo ha celebrado; no creo que sea tan malo... yo no soy poeta, pero bueno, me obligan.²

2. La parte del poema que leí esa noche es la siguiente:

He bebido escuchando música de Jazz,
El saxo violento de Charles Parker,

RVC: Acabo de leer solo una parte del poema de Jorge. Es un poema extraordinario, podría sin problemas, como dice la novela, ser “el mejor poema sobre borrachos” que se ha escrito en estas tierras. En tu novela, la presencia del Montreal como espacio de artistas y de literatos adquiere el estatus de símbolo, no solo por la presencia de los intelectuales, sino porque al mismo tiempo representa una suerte de ausencia. La de un tiempo y una forma de ser artista que ya no existe más. ¿Cómo te sentiste al momento de la escritura, en que como una suerte de cronista urbano, tuviste que escoger afectos y desafectos, memorias y olvidos?

JVM: Para empezar no quise incluir las cosas malas, las peleas y rencillas entre nosotros, porque es una novela referencial, todos aparecemos con nuestros propios nombres. Entonces yo dejé de lado las cosas malas; esas cosas me parecieron negativas. Pero aparecen cosas más profundas; por ejemplo, era profundo encontrar a Humberto Moré, que se había operado un tumor canceroso, cargando el tumor en un frasquito y se iba con nosotros a pegarse los tragos a la casa de cualquiera del grupo, y dejaba el tumor en la nevera; para mí eso es una especie de burla de la muerte. Yo recuerdo que una vez salíamos de la casa de Theo Constante, y nos íbamos a otro lado y Humberto decía: “espérate que se me queda mi tumor”, entonces esas cosas eran un poco trágicas pero que no hacían daño a nadie, no. O por ejemplo, evocar la muerte de Juan Villa-

o la voz de esos dos gorriones perdidos en la noche del alcohol,
 Edith Piaf, cantando junto al Sena, María sin Tripas cerca del Río Guayas.
 He bebido, vino para irme, vodka para volver,
 aguardiente para decir que he bebido aguardiente de fuego,
 como los indios cheyenes antes de la matanza de Cooper,
 Chicha de Jora, como nuestros antepasados en la Plaza Cajamarca,
 antes de que el sol caiga bajo las patas de los caballos.
 He bebido guarapo malévolo, coñac noble y calentado en grandes vasos,
 miseria de la copita de jerez,
 Gin and Tonic, margarita, cuba libre, cointreau con hielo verde,
 un vaso de agua que me embriaga, como todos los tragos.
 He bebido mirando los borrachos de Velásquez,
 los cuellos largos de Mondieglieri antes de que temblara el pulso,
 los de Jackson Pollock, después de que se matara
 con su siempre embriagado auto Ford.
 He bebido, enfermo para no morirme del todo, para que este mío humano
 no me abandone a la resaca, mientras confieso que he bebido,
 he bebido, día tras día, siempre.

fuerte, ese tipo de cosas sí me importaban. Dejé de lado las rencillas, alguien me dijo por ahí, pon a tus enemigos, yo dije no, no, yo de nadie hablo mal, bueno hay por ahí alguien a quien sí lo trato mal pero por eso ni cito su nombre.

RVC: Bueno, tú no hablas mal... el narrador habla bastante mal. Zacarías Lima era un médico forense, él disecciona no solamente cadáveres anunciados por Tristán, sino también al Montreal como un espacio que naufraga y con él los artistas y bohemios que lo frecuentaban. ¿Qué tan consciente fuiste de que Zacarías realizara una suerte de autopsia de los vivos, que mueren con la muerte del Montreal?

JVM: Eso es complicado... ¿no? Tal vez la gran metáfora del libro. La gran metáfora del libro es una especie de autopsia de toda una generación, que fuimos nosotros. Además no solo hay una generación, hay varias generaciones. También hay una gran metáfora y eso lo he dicho yo públicamente, que es la autopsia de la ciudad, del país. A mí me afectó mucho, el tiempo que ese señor Lucio Gutiérrez fue presidente de mi país; no sé si haya acá partidarios de ese señor, porque si lee alguna vez esta novela me mata, porque yo aquí lo trato mal. Incluso yo celebro el momento en que toma sus cosas y se larga. Entonces eso para mí fue muy feliz y eso transcurre en mi novela, transcurre... es una parte muy fuerte y lo volvería a escribir si me lo pidieran.

RVC: En tu novela también existe un juego metaliterario —se habla de la metaliteratura como esa corriente en que la ficción literaria convierte en materia poética al propio mundo de la literatura, es decir, se trata de un juego autorreferencial, textos y escritores incluidos. ¿Cómo te sientes con este tipo de escritura metaliteraria o cuáles son otras de tus fuentes?, ¿desde cuándo vienes trabajando con esa conversión de artistas y literatos en personajes de tu ficción? Creo que en tu obra, ese juego aparece mucho antes de que se haya puesto de moda eso que se llama *metaliteratura*.

JVM: Yo creo que siempre usé ese recurso. En *El Rincón de los Justos*, aparece un escritor, donde no hay un escritor es en *El ladrón de levita*, no, ahí hay un cronista. Pero siempre ha habido un escritor oculto en mis novelas. En *Tambores para una canción perdida*, hay un tipo que hace el registro de un autor, de todas formas; no es un escritor, pero es una suerte de cronista. En *En nombre de un amor imaginario*, ni qué se diga, todos escriben. En *Tatuaje de naufragos*, evidentemente Zacarías

Lima es un escritor; y siempre me siento bien haciendo eso. Es que... ¿o no será que me quiero escribir yo?...puede ser.

RVC: Fernando Nieto Cadena es un personaje importante de tu novela, en el mundo del Montreal, dialogas largamente con su poesía. A veces existe una magnífica glosa narrativa al texto con el que se abre de última hora, “Tarjeta curricular extraviada”. ¿Qué significa para ti el gordo Nieto, en tanto animador de la bohemia del Montreal, fundador de Sicoseo y, sobre todo, en tanto poeta?

JVM: ¡Significa mucho más que todo eso junto! El gordo me llevó a laborar a la Universidad Técnica de Babahoyo, donde estoy trabajando ahora; donde tengo 33 años; él era Decano en esa Universidad y nos llevó a varios, pero de todos ellos, el único que todavía permanece en esa Universidad soy yo. Le agradezco haberme dado un lugar de trabajo de tantos años. Y luego, que es un homenaje porque era un hombre que sabía mucho, un hombre que estaba muy al día y era un hombre generoso, y además le gustaba el béisbol, que es el deporte que a mí me ha gustado toda la vida. Íbamos juntos a ver el béisbol y es curioso porque él es serrano y un serrano al que le guste el béisbol es raro. La novela a él no le había gustado mucho, alguien me dijo por ahí, porque cuento cosas que no debería contar. Primero, el gordo decía que quería leerla con mucho interés, pero luego no me puso ningún correo y le había dicho a alguien que él consideraba que pasaba el libro y se había convertido en un personaje de ficción, pero que ese tipo de ficciones no eran justas. A mí me interesaba mucho la poesía y la postura de Fernando frente al mundo, frente a la literatura; mucho nos obligó a conocer la literatura, a saber de ella, a ser eruditos, auténticos eruditos, como lo fuimos. Ahora ya no soy tanto, se me pasan muchas cosas, pero antes era imposible... estaba al día.

RVC: Tu novela también ahonda esa relación de amor fugitivo que tienes con Guayaquil, “la ciudad de los manglares”, como la nombras en esa novela apocalíptica que es *Río de sombras*. Basilio, el protagonista, recibe lo que parecería una orden: “Escribe pues lo que has visto, tanto lo de ahora como lo que pasará pronto, en todas las esquinas, en todos los zaguanes, cuando la ciudad esté perdida y todo sea charmarasca”. ¿Cómo te sientes por que has ejecutado, si crees que lo has hecho, el proceso de esa orden, en tu propio proyecto estético?

JVM: La voy cumpliendo como puedo: yo no sé si realmente la terminaré, o la estoy cumpliendo bien, pero que estoy intentando hacerlo, sí. Todos los días, ahora estoy escribiendo un libro que no transcurre en Guayaquil, me obligué a escribir un libro que no trascorra en Guayaquil... transcurre en Galápagos. Pero el personaje es oriundo de Guayaquil y va a escaparse a Galápagos; o sea que de todas formas hay un nexo. Siempre está la ciudad, siempre he dicho que no puedo dejar de escribir sobre la ciudad, aunque sea una callecita, un rasgo, algo, porque es la ciudad donde yo nací y es la única ciudad en donde puedo vivir. No puedo vivir en otro lado, he tenido oportunidad de vivir en otras ciudades pero no puedo; yo termino regresando, porque extraño mi lavacara de cebiche, mi arroz con menestra, mi cerveza, mi calle, mi aire, todo. Es mi espacio. Ahora peor. Hablo últimamente de que Guayaquil ha cambiado, de fea a bella, porque antes era muy fea y ahora es muy bella.

RVC: Escucha esto: “Una parte de la ciudad de los manglares late como un corazón, quien la respira se ahoga, quien la camina la huye, quien la busca la encuentra, quien la escucha la oye, quien la mira la ve y ya no podrá olvidarla nunca, porque quien la vive, la ama como una mujer perdida en la calle”. Es la frase final de la novela *El Rincón de los Justos*... por supuesto que te acuerdas, ¿qué ha cambiado de esa visión de la ciudad, en una novela de 1983 a esta nueva novela terminada “en la ciudad ferroviaria, en el año 2007”?

JVM: Todo ha cambiado. Si no hubiese existido ese malecón feo, horrible, que tuvimos algún día, yo no hubiera podido escribir *Río de sombras*; porque *Río de sombras* narra la llegada del San Cristóbal a ese muelle feo, tenebroso; entonces un poco esas partes defectuosas también son elementos motivadores de mi literatura. Ahora no se me ocurriría escribir un cuento que transcurre en el Malecón que es tan bonito hoy, no se me ocurre ninguna historia. No es que escoja los lugares más sórdidos, pero creo que los lugares sórdidos son más poéticos. Los franceses, Zolá, Balzac, describían las cloacas de París, todas esas cosas. Es como que si los escritores vamos al problema, buscamos el problema... somos seres problemáticos los escritores. Definitivamente. Por eso escogemos esos sitios. Y escogemos realidades problemáticas. A nadie se le ocurre escribir sobre seres que no tienen conflictos, que tienen una vida muy cómoda, sencillamente porque ahí no hay poesía.

RVC: Para terminar, Jorge, al comienzo de la cuarta parte, Zacarías Lima piensa, imagina, al Montreal cuando ya esté cerrado. ¿Cómo lo imaginaste durante la escritura de la novela?, ¿cómo vez ahora ese tiempo que ya murió?, ¿cuál es en definitiva la autopsia que haces de aquellos años?

JVM: Para mí, la parte más dolorosa del libro fue ese día lunes que yo me asomé a la Casa de la Cultura, que es mi barrio además; toda mi vida me la he pasado ahí, por lo menos durante estos últimos cuarenta años. Mi esposa decía que si yo no tocaba la Casa de la Cultura, me daba urticaria; siempre he ido. Entonces, ese día lunes que me asomé a la esquina de la Casa de la Cultura y por primera vez las puertas del Montreal estaban cerradas –yo nunca antes las había visto cerradas–, eso me motivó para empezar el libro. Esas puertas grises como mármol de tumba –dice el narrador–. Entonces comencé a pensar en cómo era el Montreal cuando nosotros lo frecuentábamos, y no era solo un lugar donde nosotros íbamos a tomar, la gente tomaba jugo, chocolate, café, lo que pasa es que nosotros sí tomábamos cerveza, alguna vez también tomábamos cafecito. Comencé a verlo como un lugar vivo, abierto, con esa rocola antigua, con esa música también antigua, lo evoqué así toda mi vida y a lo largo del libro intenté devolverle ese esplendor. Por eso es que, la parte final es muy triste, se arma una fiesta, cuando ya el señor decidió cerrarlo. Así la viví.

RVC: Ahora que has evocado ese momento se me ocurre una pregunta más: el personaje es un médico forense pero al mismo tiempo recibe una serie de mensajes acerca de los cadáveres a los que tiene que realizar la autopsia. ¿Podrías contarnos un poco cómo investigaste este mundo de la medicina legal, cómo hiciste también para ir construyendo esa suerte de intriga policial?

JVM: Bueno, yo me hice amigo de Montenegro, médico legista, incluso me quiso llevar a su trabajo, le dije que no, cuéntame no más. Me contaba y me dijo que él tenía una colección de tatuajes que eran extraídos de los cuerpos de las personas a las que tenía que hacerle la autopsia, esa sí me la mostró. Ahí comencé a vislumbrar la posibilidad de cómo mi personaje era un médico legista, incorporar los tatuajes y luego hay algunos, pero la idea me nació de una entrevista que le hicieron a Montenegro donde él decía que coleccionaba tatuajes de los cuerpos que diseccionaba. Me pareció importante para la literatura, es que también la

literatura está en la realidad, yo no investigué nada, yo solo hablé con este médico y me inventé el resto.

RVC: Solo puedo concluir que como lector he disfrutado de la lectura de *Tatuaje de naufragos*, una novela que disecciona el paso de varias generaciones, a través de un espacio simbólico como es el bar Montreal, pero sobre todo es una novela que, nuevamente, disecciona lo que es la vida cultural y literaria de esta ciudad a la que tantos queremos. Una novela escrita con un lenguaje muy cuidado, ese lenguaje que está desafiando aquello que el propio Jorge plantea y que el mismo Jorge ha tomado como una insignia: el problema de la dificultad. Es decir, que solamente lo difícil es estimulante. Esta novela es para lectores inteligentes, para aquellos lectores que creen que lo difícil estimula muchísimo la posibilidad estética del espíritu.♦

Fecha de recepción: 30 julio 2009
Fecha de aceptación: 31 agosto 2009